

## LOS MIL Y UN EVANGELIOS

**T**ENER ya cuatro versiones de una misma historia es más que suficiente para garantizar cierto desconcierto, sobre todo cuando esa historia abunda en lo prodigioso y en lo sibilino. No es de extrañar, por tanto, que a lo largo de los siglos se hayan multiplicado los malentendidos y los conflictos entre los diversos lectores de los Evangelios, según apoyasen su punto de vista en Mateo o en Juan, por no hablar de los evangelios apócrifos y otros intentos confusionistas en los que se ve la pezuña del Maligno. Pero héte aquí que, cuando ya la resignación y el desinterés nos habían puesto medio de acuerdo a todos, empiezan a llovernos evangelios por todas partes. Y no evangelios cualquiera, sino cantados y bailados por prestigiosos jóvenes y agraciadas señoritas en los mejores teatros de la ciudad. Antes sólo cantaban el evangelio los curas en semana santa, cuando entonaban la pasión en latín, a tres o cuatro voces y el bajo solía hacer de Poncio Pilatos; a bailarla no creo que llegasen, al menos por lo que yo recuerdo.

De modo que ya nos estamos viendo envueltos de nuevo en feroces controversias teológicas. Los partidarios del Evangelio según Villamar, fulminan excomuniones a los fieles del Evangelio según Ribó o de la buena nueva que nos trae Camilo Sexto, que hasta tiene nombre de Papa y todo. De golpe y porrazo —nunca mejor dicho—, nos plantamos otra vez en los dorados años del odium theologicum, cuando por un quitame allá esa iota, los romanos y los bizantinos no volvían a saludarse en la tira de siglos, mientras arrianos y atanasianos se despellejaban vivos por disentir en cuestiones que eran incapaces hasta de plantear tanto unos como otros. Pero a todo esto, lo más divertido es que la gente que había dejado de ir a la Iglesia los domingos por aburrimiento se traga ahora media docena de Evangelios a ritmo de pasodoble cada mes y se quedan en ávida espera de que pongan música al Kemptis y a los Hechos de los Apóstoles. Si la Santa Sede cuidase sus relaciones públicas, hace tiempo que habría nombrado presidente de la Propaganda Fide a Bob Dylan.

Ante esta boga novotestamentaria, aconsejo cierto escepticismo. Y si no tenemos más remedio que acabar yendo a ver una pamema de esas, no caigamos al menos en la trampa de elegir y discutir racionalmente nuestra elección. Respondamos como Unamuno a aquella dama que se había pasado toda una velada llamándole Don Ramón y que, aviadada, quiso luego corregir su error: «Da igual señora, el caso es pasar el rato...» ■ **SAVATER**

lidad irremplazable: la de agradecer a una persona concreta los servicios prestados, tanto si esos servicios son oficiales como si hay que reprochar a la oficialidad que no se hayan agradecido dichos servicios. En resumen, pues, los españoles se ven obligados continuamente a reunirse alrededor de un cocido o una paella para clarificar su postura, perfilar su ideario o exponer una opinión tajante. Razón por la cual no es de sorprender que la cantidad de trabajo público que cada español vaya asimilando se transforme inevitablemente en aumento de peso...

Los directores de cine español engordarán ahora a marchas forzadas. Si no han podido votar, si no han podido reunirse, si generalmente no pueden hacer el cine que quieren y deben, no les queda más remedio que comer para olvidar las penas o para autofilmarse el desarrollo diges-

vo de una gamba. La imaginación calenturienta que suele derivarse de una situación como la nuestra puede permitir que esa gamba acabe por significar todo lo que la inexistencia del cine que podían haber hecho (y no han hecho) significa igualmente. La historia del cine español es la historia de las omisiones y nunca se hará un buen tratado sobre su desarrollo si no se cuenta con los guiones que no se rodaron, con los proyectos que no cuajaron y con los directores que no existieron... Sobre todo ahora que un 5 por 100 de la profesión ha decidido que el resto (o que casi todo el resto) no son directores de cine. Simplemente porque, a su juicio, no han hecho la cantidad de obras exigibles para esgrimir tal título. No deja de ser curiosa esta planificación de los derechos de un autor; empezará a serlo más aún cuando a los novelistas y a los pintores se les

comience a pedir igualmente que escriban y pinten tanto y tan frecuentemente como a unos cuantos de esos pintores y esos escritores les parezca necesario...

El lector ya sabe a qué nos referimos porque en algún número anterior de esta revista se explicó el extraño desarrollo de las elecciones sindicales de la Agrupación de Directores de Cine... El viejo, el saliente ha sido Juan Antonio Bardem. Y el 95 por 100 de los directores de cine que no votaron no tienen más remedio que invitarle a cenar para explicarle su agradecimiento por la labor desarrollada durante quince años en su presidencia. El 5 por 100 restante invitará a cenar al señor Ardavin. Los ambiguos darán un té con pastas a quien les parezca más oportuno. Y así, en fin, veremos cómo el cine español va engordando paso a paso no en películas ni en posibilidades sino en los michelines de los directores que no tienen otra solución para calmar sus necesidades expresivas y ciudadanas. El 1 de diciembre se comerá con Bardem; y comenzará la competición del menú en sustitución de una competición inexistente, la de las ideas, ya que estas no tienen una estructura-

ción autorizada. Si no se puede discutir, si no se puede tratar de corregir lo que quizás esté mal, al menos el cine español tiene la posibilidad de trabajar alrededor del punto exacto del asado de una pata de cordero. Después de todo, esta obligada afición gastronómica no es sino la correspondencia exacta del cine que se ha venido haciendo normalmente. ■ **DIEGO GALAN.**

## A Luis Buñuel le gusta T. V. E.

Uno ya sabía que T. V. E. en bloque, con sus Iribarris y sus guaguas de los sábados, era uno de los productos «made in Spain» que mayor aceptación tenía en el mercado internacional. O si no, ahí está para demostrarlo el Festival Internacional de la O. T. I., que es la Organización Iberoamericana, donde España es poco menos que imprescindible, a pesar

